

**Jiménez Meneses, Orián.**

*El frenesí del vulgo. Fiestas, juegos y bailes en la sociedad colonial.*

**Medellín: Universidad de Antioquia, 2007, 157 pp.**

Por: Diana Alexandra Alfonso Rodríguez

**Pontificia Universidad Javeriana**

dini-2@hotmail.com

*El frenesí del vulgo. Fiestas, juegos y bailes en la sociedad colonial* es un texto de publicación reciente. Su autor, Orián Jiménez, es historiador, profesor de la Universidad Nacional, sede Medellín, y especialista en estudios culturales. Su trabajo se ha centrado en la historia de los pueblos afrocolombianos y en el área de la cultura. En 2007, recibió el III Premio Nacional de Ensayo en Estudios Culturales por esta obra, en la cual rescata el papel de las fiestas, los juegos y los bailes en la configuración de la sociedad colonial, desde una mirada socio-histórica.

Estos elementos de la cultura de los pueblos son analizados por Jiménez, quien deja ver a través de su investigación que son actividades fundamentales, en tanto que por medio de ellas es posible experimentar emociones que resultan esenciales en el equilibrio y el funcionamiento armónico de una sociedad. Para realizar este trabajo, el autor hace un análisis sistemático de documentos de archivo sobre festividades, juegos y bailes prohibidos de la Nueva Granada durante la época colonial. Utiliza, además, una variedad de fuentes documentales impresas. Cabe resaltar el penoso trabajo de Jiménez en el rastreo de fuentes

en diferentes lugares del país para reconstruir la historia de las festividades coloniales, así como su balance historiográfico sobre los estudios realizados en Hispanoamérica en torno a esta temática. Las diversiones constituyen un tema de estudio reciente de la historia cultural. Principalmente, han sido disciplinas como la sociología y la antropología las que se han encargado de investigar el papel de las distracciones dentro de una sociedad. Las festividades y las diversiones ofrecen a los individuos la posibilidad de experimentar una variedad de emociones. Aquéllas constituyen las actividades de ocio por excelencia durante la época colonial. El autor precisa que a través del estudio de estas prácticas es posible “interpretar la sociedad”<sup>1</sup>. Igualmente, destaca los aportes de Norbert Elias y de Johan Huizinga como referencias teóricas indispensables a la hora de realizar un estudio sobre el ocio y el juego. Para Jiménez, estos autores coinciden en que el juego es una actividad compensadora y reguladora

<sup>1</sup> Expresión que el autor retoma de Huizinga en: Johan Huizinga, *Homo Ludens* (Madrid: Alianza - Emecé, 2002).

dentro de una sociedad. Elias señala que tanto los juegos como los deportes permiten mitigar los estados de violencia propios de la naturaleza humana, dado que a través de su práctica los individuos pueden liberar una serie de emociones reprimidas, al tiempo que aprenden a sobrellevar situaciones complejas de sus vidas cotidianas. En los juegos se establecen reglas, por lo cual se crea un nivel de interdependencia entre los participantes<sup>2</sup>. Por otra parte, de Huizinga destaca su planteamiento sobre el papel de los juegos en la construcción de la cultura humana<sup>3</sup>. Jiménez sostiene, retomando a este autor, que es a través de los juegos “que el hombre ha sido capaz de derrotar la monotonía, el peso de las estructuras económicas y el carácter de la dominación”<sup>4</sup>. Los juegos y las fiestas, que como actividades de ocio permiten experimentar momentos de placer, de tensión y de emoción, tienen además un carácter liberador, ya que por medio de éstos los hombres se desprenden de la “monotonía presente en sus vidas”<sup>5</sup>.

Orián Jiménez propone una relación entre las fiestas, los juegos y los bailes como principales actividades recreativas del siglo XVIII en la sociedad neogranadina, las cuales tienen lugar a propósito del establecimiento de las festividades eclesiásticas y civiles. Luego, se sitúa en Antioquia para estudiar la vida festiva de la época colonial, especialmente “hace énfasis en la fiesta de la Candelaria”<sup>6</sup>, y complementa su análisis con referencias a festividades que se celebraban en otras poblaciones del país.

El propósito del autor es establecer la “interdependencia” que existía en la sociedad colonial entre las fiestas, los juegos, los bailes y el ocio. En tanto actividades que representaban placer y que se desarrollaban en torno a las festividades del momento, éstas constituían prácticas esenciales para los

habitantes de la época. A su vez, servían como espacios de reivindicación y de escenificación social. En el texto, el autor realiza, en primer lugar, un balance historiográfico sobre fiestas, juegos y bailes, destacando el trabajo de Juan Pedro Viqueira<sup>7</sup>. Aquí, Jiménez señala que al estudiar las diversiones públicas en el México del siglo de las luces, Viqueira concluye que fueron las costumbres de la élite las que se “relajaron”, tendiendo hacia la laicización de esta capa social, en tanto que se “exacerbó su intolerancia hacia la plebe”<sup>8</sup>, a la cual esta clase señalaba de inferior. Para la población, las festividades religiosas representaban, más que espacios de recogimiento espiritual, “espacios favorables en los que podían romper la monotonía, las normas habituales y la represión de sus verdaderos deseos”<sup>9</sup>. Jiménez también menciona a Christian Büschges, quien realiza un estudio sobre los festivales en Ecuador, y a Julián Vargas Lesmes, quien se concentra en investigar las fiestas y las celebraciones públicas en la Santafé colonial. Al reseñar el trabajo de estos dos autores en el contexto de las festividades, Jiménez expresa: “aquí las festividades servían para legitimar y fortalecer el orden social, de igual manera que los conflictos en torno a éstas coadyuvaban para develar interpretaciones y comunicaciones simbólicas entre las distintas visiones del mundo y las valoraciones culturales compartidas por los grupos e instituciones sociales más prominentes: el cabildo, el clero y las asociaciones de cofrades”<sup>10</sup>.

En segundo lugar, Jiménez desarrolla, en tres capítulos, su estudio sobre las fiestas religiosas y las celebraciones políticas, los juegos de envite y de azar, y los bailes y la música, profundizando en su investigación en el análisis de las fiestas religiosas. Por otra parte, el autor distingue algunos elementos comunes que caracterizaban las celebraciones religiosas y civiles: la iluminación de las calles en las que tenían lugar, el uso de la pólvora, los desfiles, las procesiones (en las celebraciones religiosas) y “la permisividad social”. Atendiendo a

2 Jiménez hace referencia a Elias para señalar la función liberadora de los juegos, aunque el análisis realizado por Elias en *Deporte y ocio en el proceso de la civilización* se concentra principalmente en el estudio del deporte. Norbert Elias, *Deporte y ocio en el proceso de la civilización* (México: Fondo de Cultura Económica, 1995).

3 Huizinga, *Homo Ludens*.

4 Orián Jiménez Meneses, *El frenesí del vulgo. Fiestas, juegos y bailes en la sociedad colonial* (Medellín: Universidad de Antioquia, 2007), 10.

5 Jiménez, *El frenesí*, 10.

6 Tomado del Acta del Jurado, en Jiménez, *El frenesí*, contraportada.

7 Juan Pedro Viqueira Albán, *¿Relajados o reprimidos? Diversiones públicas y vida social en la ciudad de México durante el siglo de las luces* (México: Fondo de Cultura Económica, 1987).

8 Jiménez, *El frenesí*, 16.

9 Jiménez, *El frenesí*, 16.

10 Jiménez, *El frenesí*, 19.

la flexibilidad que las festividades permiten, durante estas fechas el gobierno local autorizaba la presencia de mendigos y de otros grupos sociales que en otras circunstancias no eran tolerados en el ambiente social.

Dentro de las fiestas principales a las que hace referencia el autor, encontramos las carnestolendas, que tenían lugar en vísperas de la cuaresma; la fiesta del Corpus Christi, y las fiestas de San Juan celebradas en junio. Estas festividades religiosas eran impulsadas por el gobierno local y reflejaban el poder del catolicismo en el Nuevo Reino. Sin embargo, fueron reinterpretadas por los habitantes neogranadinos, los cuales se las apropiaron incorporando nuevos elementos y adecuando estas festividades a sus modos de vida tradicionales.

A propósito de las festividades que tenían lugar en las diferentes épocas del año, los pobladores de las villas podían practicar sus juegos y sus bailes, ya que se daba el espacio propicio para ello. Las peleas de gallos eran comunes, así como los juegos de dados y de naipes. Todos estos despertaban la emoción de sus practicantes, ya que dependían del azar y de la suerte. El juego se aprovechaba, además, para realizar apuestas de todo tipo, lo que le daba mayor emoción y a la vez convertía a sus practicantes en verdaderos aficionados.

Los bailes, al igual que el juego, eran actividades en las cuales los neogranadinos ocupaban su tiempo de ocio, y tenían lugar durante las celebraciones, especialmente las civiles. Respecto a las danzas y los bailes se señala que en nuestro país no han sido suficientemente investigados.

Un aspecto muy importante que se presenta respecto a las fiestas es que a través de éstas se resaltaba el sentido de la “autoridad suprema (el rey) y sus autoridades delegadas en América; se buscaba que, por medio de aquellas fiestas, la frágil representación política del monarca tomara mayores dimensiones y tuviera mayor eco dentro de los círculos sociales de las castas coloniales”<sup>11</sup>. En el Nuevo Reino de Granada los cabildos preparaban las festividades religiosas y las fiestas patronales. De esta forma, la organización y el mantenimiento de la vida festiva por parte del gobierno local

era una manera de mostrar su hegemonía política dentro de los distintos sectores de la sociedad.

De acuerdo con Jiménez, algunos personajes “recurrían a sufragar el octavario de la fiesta de la Candelaria como estrategia para el reconocimiento de su estatus y para erigirse como vecinos principales”<sup>12</sup>. Aunque en principio esta celebración fue impulsada por las cofradías, después les correspondió a particulares la tarea de adquirir los elementos necesarios para la celebración y solventar los costos de las fiestas. Estos personajes esperaban una retribución social y política a cambio, por lo cual, de alguna manera, estos gastos constituían una “inversión”: por parte del vulgo se obtenía el reconocimiento social y por parte de la autoridad local el reconocimiento político.

Durante la fiesta de la Candelaria se evidenciaban las diferencias estamentales entre los diversos sectores de la sociedad; aquellos que realizaban contribuciones económicas para las festividades obtenían un mejor lugar en las procesiones, en las iglesias y en los distintos sitios donde se llevaban a cabo las celebraciones. Las posiciones que se ocupaban en una ceremonia o festividad representaban el nivel social dentro de la sociedad. Esta circunstancia influyó para que los sectores marginados organizaran sus propias celebraciones de forma paralela a las oficiales, ya que por su condición social se limitaba su acceso a determinados festejos; claro está, sin dejar de participar en estos.

En contraste, los bailes y los juegos, especialmente estos últimos, propiciaban el encuentro de todos los sectores sociales. A propósito de las festividades como las fechas patronales en las que se reunía el conjunto de la población, era posible que en un lugar concurrieran diferentes grupos sociales: “a los juegos asistían los hijos de las familias y sus esclavos, mezclándose sin ningún tipo de reparo con toda clase de forasteros, viajeros, caminantes, vagos y tratantes”<sup>13</sup>. Estas actividades, no obstante, tuvieron mayor acogida en las zonas donde “residía población indígena, mestiza, zamba y negra”<sup>14</sup>, las cuales se apropiaron de los bailes, la música y los juegos, y a través de ellos

11 Jiménez, *El frenesí*, 42.

12 Jiménez, *El frenesí*, 44.

13 Jiménez, *El frenesí*, 103.

14 Jiménez, *El frenesí*, 100.

experimentaban el frenesí y la diversión tan necesarios para enfrentarse a la realidad de sus vidas y a su situación social.

Con el advenimiento de los Estados-Nación en el siglo XIX, los bailes, las fiestas y los juegos se transforman, y sólo algunas prácticas recreativas de la época colonial se mantienen. Son los casos, por ejemplo, de las peleas de gallos y las corridas taurinas. Entre tanto, nuevas costumbres y prácticas culturales son adoptadas en nuestro país.

*El frenesí del vulgo* es una obra de un inmenso valor, ya que restituye la importancia de temas como el ocio, los juegos y las festividades en el marco

de los trabajos históricos, lugares de análisis por lo regular poco abordados en las investigaciones contemporáneas. El trabajo de Orián Jiménez a la vez que recoge estudios anteriores sobre estas prácticas sociales, profundiza detalladamente en nuestras celebraciones populares, explorando las raíces de éstas como manifestaciones de nuestra cultura. Este libro es un llamado de atención para los estudiosos de la historia, con el objeto de que vuelvan su mirada hacia estos temas que proporcionan innumerables elementos desde los cuales puede ser analizada una sociedad, en este caso particular, la sociedad colonial.